

de rocío, las cañas balanceándose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios había llegado á la naturaleza. Solo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y el alma del general Terán, agobiada con el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde había pasado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del río. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del río.

¡Por qué era el general desgraciado! Quién sabe. Por la misma razón que es desgraciado el magnate sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los incienso y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, y el jóven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al general Terán podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del río, se encontró con su secretario el coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgúe, mi general, que pudiera vd. haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del río bastante frescas. ¡Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.—Los dos se dirigieron á la casa, y el general almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez mas, y el resultado va á ser la pérdida de Tejas; de Tejas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! Daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas, y su ambición.

—Pero vd., Sr. general, contestó el secretario, tendrá probablemente la mayoría de sufragios para la presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el general; ¡creo vd.

por ventura que en ese palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desiertos! ¡Creo vd. que esa turba de hombres que cerca al gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del presidente! ¡Creo vd. que la honradez y la buena intención son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspirantismo? ¡Juzga vd. que la moderación y lenidad serían bastantes para destruir el ódio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nación de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos!—Créame vd., coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nación sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto mas que con el oprobio y el desprestigio de sus conciudadanos. Si cumple escrupulosamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partido quiere su triunfo esclusivo: cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de *masas*, sufren con paciencia cuantas estorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco escabaleiro; pero esas *masas* arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas maldiciones, como un veneno, corroen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida. Este es un presidente; esta suerte se me esperaba á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Tejas, á Tejas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas. . . .

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

—En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desden unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á vd. con mi corazón, que no solo nada valen, sino quecrian en el alma una ambición y un orgullo, comparable solo al de Lucifer. Cinco años me ha visto vd. estudiar día y noche. . . . y hoy nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y. . . . demos puntos á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio. . . . Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolución: no lo dude vd., la revolución está al estallar, y Tejas se pierde. Al concluir esta frase, suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

Por la tarde el general Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del río, y así des-

pues de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la independencia. Al fin prorumpió en mil exclamaciones:—La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¡Qué quiere decir todo esto! . . . Pero, bien, todo lo creo, ¡mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores! ¡Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio! Y este espíritu que me anima, que mueve mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá! . . . Verémos, el espíritu de este incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se crizaron en su cabeza, un horrible calorío se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenia delante le pareció que crecía como una fantasma; que el mequite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro livido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "*He aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición.*"

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El coronel Noriega le dijo:—Sr. general, parece que está vd. enfermo.

—Es poca cosa, amigo mio. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora un ligero quejido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:—¡Sigue vd. enfermo, señor!

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaria soñando. El general se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu general muriera, ¿qué harían vds.? Otro reemplazaría á V. E., le contestó el cabo con una rústica sencillez.

Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detras de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, ceshaló el último y doloroso quejido,

implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver livido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salón donde el congreso de Tamauilipas decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Esmo. Sr. general de división del ejército mexicano, D. MANUEL DE MIER Y TERÁN.—M. Payno.

RECUERDOS.

BELLOS celages de carmin y plata Que arceidos los vientos disiparon; Que tiempos que sin volver raudos volaron, Un recuerdo dejando que llorar.

Flores que en el sendero de la vida Brotaron ostantando mil colores; Delicias que gozara en mis amores Perdidas del dolor al suspirar.

Tiempos en que arrobada el alma mi Disfrutaba de amor tantos placeres; Fantásticas, seráficas mugeres En cuyos brazos ciego me dormí;

Decídme, ¿dónde están tantos contentos, O si vanos ensueños solo fueron? La paz y la ventura, ¿qué se hicieron? Y aquel cielo encantado que perdí?

Atoyac, aun recuerdo tus riberas, De esmeralda tus vegas dilatadas, Las ondas de tus aguas argentadas Que besaran las auras al soplar;

Me parece que miro en tus orillas Bañando sus cabellos cien hermosas, Retratando sus formas voluptosas Tus líquidos cristales al pasar.

Y ese tu cielo de zafir bellísimo Dosel de tu corriente dilatada; Con su horizonte cieta nacarada Que circunda la tierra por do quier;

Y tus aves acáticas que juntas Vagan por el ambiente placentaras, Y al percibir tus mágicas praderas Se miran en parvas descendier.

El sol que al sepultarse en Occidente En los montes lejanos reflejaba, En tus ondas purísimas rielaba Muelle lanzando su postrer fulgor;

Ese sol rutilante, tan sublime Que en tus contornos me miró dichoso, Hoy se ostenta como antes prodigioso, Sin curar de mi ausencia y mi dolor.

Mañana, cuando ufano, cuando riente,
Te saludé la aurora nacarada,
Con cantos placenteros la alborada
Mil vírgenes delante al despertar;
Y el astro de la luz vivificante,
Al calentar sus miembros delicados,
Mis restos fríos, tal vez, inanimados
Verá bajo la losa sepultar.

Mas ¿qué importa la vida, si en el pecho
Ya no cabe el amor ni la ventura,
La gloria, la amistad, y la hermosura
Ya no mueven mi yerto corazón?
Mi juventud cansada desfallece,
Los pesares conjúranse en mi daño,
Del placer al funesto desengaño
Acabó para siempre la ilusión.

El mundo es una cárcel para el hombre
Indiferente á sus delicias vanas;
Lejos de mí, fállices cortesanas;
No adoro, no, vuestro mentido amor;
Yerto contemplo ya vuestra belleza;
Vuestras necias caricias no deseo;
En vuestros juramentos ya no creo;
No miro en vuestras frentes el pudor.

Venid, venid, recuerdos de otros días,
De Atoyac trasportadme á las orillas,
Sus campesinas quiero ver sencillas
Bajo sus arboledas reposar.

A mi memoria ven, bella María,
Ven á aliviar este fatal hastío
Que mi vida consume. ¡Angél mio!
Ven mis negros pesares á calmar.

Tú me diste á probar el placer puro
Al pronunciar de amor el juramento;
El pudor tu semblante aquel momento
Con sus tintas de púrpura bañó;
Y antes que de tu labio nacarado
Revelacion tan plácida escuchara,
El fuego que en tu seno se ocultara
Mi corazón sensible adivinó.

Tú me adoraste, sí, tú solamente
No te burlaste de mi amante fuego,
¡Con qué placer al escuchar mi ruego
Piadosa depositaste tu rigor!

Y no te veré mas, y sufro y lloro,
Sin remedio encontrar á tanto duelo;
En vano imploro al enojado cielo
Que termine la muerte mi dolor.

Recuerda aquellas horas, ángel puro,
En que lleno de amor y de alegría,
El fuego que en tu seno se encendía
En tus labios de púrpura bebí;
El placer embargaba mis sentidos,
Saltaba el corazón dentro del pecho;
A tanta dicha, miserable, estrecho
El mundo entero contemplar creí.

Naturaleza bella sonreía.
Mi pecho palpaba de contento,
El bosque, el prado, el apacible viento,
En mi alma derramaban el placer.
Juzgaba yo sin término la dicha,
La juventud mi frente coronaba,
El amor mis ensueños arrullaba,
En la gloria buscaba un nuevo ser.

Sin ilusiones, sin placer, sin gloria,
Vago en la tierra, triste, maclento,
Busco en el vino alivio á mi tormento
Y siento mas mis penas aumentar;
Una memoria, un solo pensamiento
En medio de la noche me desvela,
¡María! eres tú la que mi pecho anhela,
Eres tú la que lloro sin cesar.

Si por acaso alguna vez, mi vida,
De Atoyac las riberas visitaras,
Los sitios que conmigo frecuentaras
Con llanto regarás al contemplar.
Mil recuerdos antiguos á tu mente
Se agolparán en tan atroz instante,
Que las delicias que gozaste amante
No concibo que puedas olvidar.

Respirarás el aire embalsamado
Que tantas veces refrescó mi frente,
Escucharás la música doliente
Y el vespertino canto pastoril.

Verás tu nombre en la arboleda umbría
En cada tronco por mi amor grabado;
Verás cual los rosales se han secado
Que plantara tu mano de marfil.

Serás presa de un negro sentimiento,
Sentirás en tu pecho hondo vacío,
Maldicebrás á tu destino impío;
Vendrás luego tu pena á admirar:
Verás que las praderas, los vergeles,
Nada importan á la alma destrozada;
Inconsolable, loca, desolada,
No podrás ni una lágrima llorar.

Y presurosa huirás de aquellos sitios;
Pasarás una vida de amargura;
En vano correrás tras la ventura,
Bella ilusión que para mi acabó:

Y al fin desengañada, vida mía,
Indiferente en tu dolor profundo
Verás los oropeles de este mundo,
Y anhelarás la muerte como yo.

Bella, apacible, tierna, enamorada,
Tu imagen tengo siempre en la memoria;
Tu nombre en los anales de mi historia
Como un sol reflejante brillará.

Cuando las sombras de la muerte lenta
Vayan nublando mi amarilla frente,
El adiós mas sentido, balbuciente
Mi moribundo labio te dará.

Mas si antes tú, de padecer rendida,
Al confin de la vida has ya tocado,
Por el que aquí en la tierra te ha adorado
Intercesora rogarás á Dios:
Y al volar de la tierra á otra morada,
Para colmar mi gloria y mi esperanza,
Allá en aquel país de bienandanza
Morarémos sin término los dos,
Agosto 19 de 1843.—FELIX M. ESCALANTE.

MOVIMIENTO ESPONTANEO

DE UNA PLANTA.

El Edisaro girador (1) (*Hodysarum girans*) merece seguramente una atención particular, como planta que ofrezca movimientos; y los anales de la ciencia, no presentan planta mas singular bajo este aspecto. Hace muchos años que yo tenia noticia de ella; y hallándome en París, y habiendo tenido la fortuna de presentar al Museo de historia natural algunas frioleras, tuve tambien la satisfacción de conocer y tratar al Sr. Brogniart, director entonces del establecimiento. Ofrecióme de él cuantas semillas yo quisiera; pero como ya me habia provisto abundantemente en otras partes, solo acepté su favor para procurarme la *Dionea coque-moscas*, y el Edisaro de que voy á hablar. Solamente tres semillas de cada una de estas plantas pudo darme; y olvidadas en una cartera, las di mucho tiempo por perdidas. Sembradas al fin, he logrado una de Edisaro.

Tiene hoy un tallo débil, ligeramente colorido de morado, catorce hojas, y en todo su porte, cinco pulgadas, cuatro líneas. Cada hoja, cuya figura es como la aquí pintada, consta de tres hojuelas.

La mayor de éstas duerme doblada en la línea a por el gozne que la sostiene sobre el peciolo, quedando éste unido arriba contra el tallo, y la hojita caída hácia abajo, con el envés para dentro. Durante el día, el peciolo se separa, formando con el tallo un ángulo mas ó menos agudo, según que la temperatura es mas alta, y la hojita se pone horizontal, aunque no siem-



(1) Sé bien, que ni Edisaro ni girador son palabras recibidas en castellano; y que Zúla, Esparaceta ó Esparilla, y Pipirigallo, son los nombres de algunos Edisares, así como giratorio la palabra empleada para de-

pre. A veces su plano es perfectamente paralelo á la tierra; á veces solo lo es la dirección general de uno de sus bordes, estando el otro levantado hasta 40 y 50°; y á veces el nervio central de la hoja, no forma una dirección continua con el peciolo, sino que se aparta á los lados de 10 á 12°.

Pero nada de esto es tan curioso como el movimiento de las dos hojuelas laterales, que á toda hora del día y de la noche lo ejecutan sin interrupción. Este se verifica en un cuarto, ó en una mitad de círculo de alto á bajo; y entiendo que depende inmediatamente de los peciolos, que, según parece, se retuercen. En la India, como lo dice Broussonet, citado por Lamarck, el movimiento de subir y bajar se concluye en dos minutos, mientras que en los invernaáculos de Europa necesita mas tiempo: aquí, en mi casa (19° 50' lat. set.), basta un minuto para cada revolución completa, cuando la temperatura es de veintitres centígrados, y el aire está húmedo. Raras veces, el movimiento de cada hojuela es regular y uniforme; en las mas salta y se sacude como por brincos, ya al subir, ya al bajar, y no solo para esto último, como asegura Broussonet, y repiten Mirbel, Turpin y cuantos lo han copiado.

Lo mas comun es, que una hojita suba cuando la otra baja; pero tambien sucede, que ambas bajen y suban simultáneamente, ó que la está inmóvil, ya arriba, ya abajo, durante varias revoluciones de la opuesta. Un calor ó un viento fuertes disminuyen este movimiento, hasta volverlo apenas sensible; pero nunca cesa del todo, y es tan natural á la planta, que fijando una ó las dos hojitas, aun por varias horas, vuelven á moverse luego que están libres.

Este movimiento de oscilacion (2), dice Broussonet, es de tal modo propio de la planta, que no solamente continúa dos ó tres días sobre un ramo que se haya cortado de ella, y conservado en agua, sino que se verifica tambien en hojas cortadas, y aunque no se pongan en agua. (He repetido esta experiencia, y mis hojuelas solo conservaron sus movimientos seis minutos, lo que atribuyo al estado higrométrico del aire, que generalmente es aquí muy seco). «No se podría, en este filino caso, comparar en cierto modo este movimiento, con los latidos del cora-

signar una cosa que se mueve en rededor; pero los nombres dichos señalan especies determinadas, y de ellas ninguna es la mía; y mi planta no se mueve en rededor de nada, sino que tiene ciertas partes giratorias dotadas de movimiento giratorio. Me he tomado, pues, la libertad de decir, Edisaro girador.

(2) La palabra oscilacion es muy poco adecuada á nuestro caso: ella indica el movimiento de vaivén que ejecuta en arco un cuerpo colgado, y aquí no hay eso. Como en castellano y en francés oscillar significa la misma cosa, el nombre *sans fin oscillant*, que los franceses dan á esta planta, incluye una idea falsa.

zon arrancado á un animal? Parece que las hojas hacen en las plantas las veces de aquel órgano: aumentan por su movimiento el curso de los fluidos, como las contracciones de aquella viscera determinan la circulación de la sangre. Luego que se arrancan á un vegetal sus hojas se suspende el progreso de la vegetación, y las plantas se parecen entonces á esos animales, cuyo sueño periódico se caracteriza por disminuirse los latidos del corazón."

"Los Indios, que son entre todos los pueblos los que mas se han dedicado al conocimiento de las plantas, habian notado ya este movimiento; pero era cosa demasiado extraordinaria, para que en una nación tan supersticiosa, no tuviese un culto particular. En determinado día del año, recogen, pues, dos de las hojas laterales, en el instante en que están bien cerca una de otra, y molidas con la lengua de cierta especie de mochucho (1), forman un talisman, cuya posesión dá al crédulo amante plena confianza de ser correspondido."

Miladi Mousson, á quien el celo por la historia natural le hizo emprender su viaje á la India, fué la primera que reveló á la Europa la existencia de esta planta, habiéndola observado en los lugares húmedos y pantanosos de las inmediaciones de Dacca (2). En Marzo de 1777 floreció por primera vez en Europa, en el jardín del Lord Bute, en Lutonpark. Introducida en Francia por el año 1798, comenzó á popularizarse su noticia, y son pocos los naturalistas que no la aprecien.

Terminaré este imperfecto bosquejo con una reflexión de Mirbel. "¿No podría atribuirse el movimiento del Edisaro girador á esa especie de traques torcidas en espiral, y que parecen destinadas á recibir el aire y ayudar la circulación de la savia? ¿Irritadas por la acción de los fluidos, no pueden dilatarse y comprimirse alternativamente, y ocasionar un movimiento particular?" Sea cual fuere la causa de este movimiento, él será siempre una de las singularidades mas notables en la vida vegetal.

Julio 10 de 1843.—O. (M.)

Fajas o Zonas Isotermales del Barón de Humboldt, y su comparación con algunas de las que he observado en mis viajes.

GRECIA.

Subiendo al Taygetas, montaña cuya elevación es de 1900 toesas, observé las zonas siguientes:

(1) *Noctua monedula*: al menos yo supongo que sea esta especie, aunque no la determina Broussonet, por que abunda en Bengala.

(2) Capital de Bengala en tiempo de Aureng-Zeyb (1700), sobre la orilla izquierda del Viejo Ganges.

tes principiando en las orillas del Mediterráneo. —1ª: la region de los mirtos (*mirthus vulgaris*). —2ª: la de los olivos. —3ª: Region de las palmas. —4ª: Region de las encinas (*quercus robur*). —Q. *aglylops*. —Q. *racemosa*. —Q. *coccifera*. —Q. *olivieri*. —5ª: Region de las violetas. Pasada esta quinta region solo se encuentran algunas *gramíneas* que desaparecen al pié de las nieves perpetuas.

SICILIA.

En el Etna, la 1ª region á las orillas del mar, se compone de palmeras (*chameropo humilis*): la 2ª de dos especies de laureles: la 3ª de encinas (*quercus aglylops*. —Q. *coccifera*): la 4ª de castaños (*castanea vulgaris*) y la 5ª de violetas (*viola atnensis*).

OCCÉANO ATLÁNTICO.

Subiendo al pico de Teyde, en la isla de Tenerife, se hallan las zonas siguientes: 1ª region: dragos (*dracena draco*). —2ª: *laurus canariensis*: id. *barbusano*. —3ª: pinos (*pinus canariensis*). —4ª: castaños (*castanea vulgaris*). —5ª: *citius umbigenus*. —6ª: violetas (*viola teydenensis*).

ANDES MEXICANOS.

1ª region (*tierras calientes*) palmeras (*sacharum officinale*) *chameropo* (dos especies) *phœnis dactylifera*. —2ª: *tamarindus officinalis*: *acacia longi siliqua*. —3ª: magüey (*fuversæa*) algunas especies de *mimosas*. —4ª: encinas (*quercus*) muchas especies. —5ª: *dracena endicola*. —6ª: pinos (*pinus*) tres especies. —7ª: *oyameltes (abies)*. Esta zona es la última, y se halla en los Andes, en los últimos términos de la vegetación.

Se advierte por los cuadros que he formado, que en ninguna parte se reducen á tres las zonas isotermales, como lo estableció el célebre naturalista prusiano; que en todas partes son cinco ó seis, y que en los Andes ascienden á siete por su proximidad al Ecuador. Humboldt observó que en estas altas montañas se encuentran tres temperaturas diferentes, y fijó tres fajas ó zonas isotermales, y con razon; pero omitió las zonas intermedias, lo que ha hecho defectuosa su observación como muchas de sus conjeturas.

Mi objeto al publicar este artículo, ha sido el rectificar un error de este célebre viajero, cuyos escritos han hecho tanto ruido en Europa.

Hacienda del Mayorazgo, Agosto 10 de 1843.

—J. Maria Despréaux.

(Escrito para el Museo).

Si algun placer puede haber en la vida, es el de gozar del tierno y casto amor de una umger.

PANORAMA DE MEXICO.

ALREDEDORES DE MORELIA.

No recuerdo haber visto en los pocos lugares de la república en que he estado, un cuadro mas risueño y pintoresco que el que presenta la campiña de Morelia, durante los meses de Junio, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre, cuando despues de los abrasadores calores del estío, que secan los tallos de las plantas, vienen las aguas del otoño á humedecer la tierra, y á darles nuevos jugos con que alimentarse. Parece que los primeros truenos de Mayo, tan poéticos para los labradores, van á despertar á la vegetación, un tanto adormecida, y á forzarla á engalanarse con la vistosa pompa con que le brinda la primavera. Cúbrese el campo de pronto de una alfombra de verdura, matizada con los colores variados de mil flores que se disputan la belleza y lozanía, y no interrumpe sino por las superficies de plata de cuatro ó cinco lagunillas, que con las avenidas de las aguas suelen formarse en las hondanadas que resultan de las partes declives del terreno, ó por los hilos diáfanos de los arroyos, que de las colinas vecinas descienden murmurando mansamente. Todos los árboles de las inmediaciones, que desde la primavera habian visto reproducirse su follaje y brotar sus flores, se han ido despojando poco á poco de estas últimas, para dar lugar al fruto que al principio verde, y despues sazonado y maduro, servirá en seguida para regalo y delicia de los habitantes de la ciudad. Vense el Fresno, el naranjo, el durazno, el granado, la higuera, el peral, el manzano, cargados de sus dorados frutos, meciéndose mansamente al soplo de las brisas vespertinas, circundando á la ciudad, y haciéndola aparecer como situada en medio de una isla florida, mil veces mas seductora sin duda, que aquella en que los griegos colocaban la mansion de la madre de los amores.

Mas ¡ah! esta naturaleza tan hermosa y galana es abandonada á su feracidad propia, y el trabajo solícito del hombre, que en otras partes ha conseguido fecundar hasta la dura superficie de las rocas, duerme aquí, confiado sin duda en aquella Providencia que con mano tan pródiga derramó sus dones sobre aquel suelo privilegiado. De suerte que esta predilección decidida del cielo, ha sido sin duda la causa del carácter apático que se observa en todos los habitantes

del campo de aquel Departamento, quienes no se ocupan mas que en sus siembras anuales indispensables, de maíz, de trigo, de frijol y otros granos que forman el principal alimento no solo de los habitantes del Departamento, sino aun de los de toda la república.

No sé qué viajero moderno ha dicho, que en Michoacan, era el lugar en que parecia que todas las flores del globo se habian dado una cita para reunirse; asercion avanzada, hija del entusiasmo, que por una parte es cierta; mas que por otra es verdaderamente falsa. Michoacán, en efecto, es el lugar de la república en que se observan mas flores indígenas de una belleza rara; mas mucho le falta todavía, para llegar á aclimatar todas las exóticas que se ven ya en otros puntos de la república. Esto no ha dependido evidentemente, sino de la morosidad que ha habido allí en procurárselas, porque el terreno es apropiado, como todos lo han asegurado, para las producciones de todas las zonas. ¿Cuánto no se embellecería la capital y sus alrededores, cuando á las flores que allí se admiran, se uniera el cultivo propio de todas aquellas de que hasta aquí han carecido!

Por lo que toca á los árboles, no han sido ciertamente menos descuidados que con las flores, y á escepcion de todos aquellos que son tan comunes en toda la república, como el granado, la higuera, el manzano, el naranjo, el chirimoyo y otros cuantos entre los frutales, y el sauce y el Fresno entre los demas, y que se observan allí en abundancia en las huertas de S. Pedro, pocos hay de los que crecen igualmente en otros puntos de la república. ¿Qué inconveniente hay, por ejemplo, en trasportar allí la guinda, el ciruelo conocido con el nombre de España, la fresa y otros muchos árboles frutales que apenas se conocen por el nombre? Sobre todo, hay un ramo en que en Michoacan, y principalmente en la capital y sus alrededores, están sumamente atrasados, y es en el cultivo de los viñedos y olivares, aunque en esto, con poca diferencia, lo están igualmente en toda la república. No sé, á punto fijo, si el terreno será apropiado para toda clase de cultivo; pero yo creo que no dejará de serlo, y que le resultarian incalculables ventajas á la población, de que se

hiciese un reconocimiento, para hacer luego plantíos en grande de viñedos y olivares, que con el tiempo llegarían á dar todo el aceite, y aun parte del vino que allí se consume, y que ahora se ven precisados á importar. La poca protección que los espñoles dispensaron á la agricultura, es la causa de que ahora carezcamos de esos productos, que formando en ese tiempo uno de los principales ramos del comercio de España, era natural que se interesasen en prohibir su extracción; y el medio mas seguro para impedirlo, era sin duda el prohibir el cultivo de viñedos y olivares. Fomentando esta clase de cultivo, veríase cubierta esa llanura de Santa María, árida y triste durante la estación de las secas, de frondosos viñedos que agobiados con el peso de sus frutos, añadirían una tinta mas al cuadro que presenta la ciudad con sus alrededores. No ignoro que en estos últimos años, se han plantado multitud de moreras de China para la cría de gusanos de seda, lo cual le anuncia un porvenir grandioso á Michoacán; pero cuánto mas grandioso no sería, si á este cultivo se añadiera el de viñedos y olivares tan interesante, no limitándose á las cercanías de la capital, sino haciéndolo estensivo á todo el Departamento.

La agricultura, tan descuidada hasta hoy no solo en Michoacán, sino en toda la república, es acreedora á una protección especial, porque es una quimera pensar en industria, cuando la base de esta, que es la agricultura, se halla en un estado de abandono tan vituperable. Todas las naciones han sido al principio agrícolas, y despues industriales; ¡por qué México, nación nueva y bisoña, quiere separarse de la norma comenzando por donde debería acabar!

Mas dejando á un lado esto, y volviendo á los alrededores de Morelia, los que no dejan de ser menos poéticos, por la falta de olivares y viñedos, cuando en las tardes de Agosto, Septiembre y Octubre, las familias abandonan sus casas y van á disipar el fastidio de la ciudad en la quietud y tranquilidad del campo, á respirar el aire libre de las praderas, á sentarse en la yerba en la margen del arroyo, y bajo el cielo mas puro del orbe. ¡Oh! qué objetos tan sublimes de meditación presentan á los ojos del filósofo, y qué cuadros tan animados á la imaginación del poeta, aquellas familias que semejantes á las de los patriarcas, se unen á la voz del padre; donde las jóvenes puras y sencillas sin la máscara hipócrita con que una sociedad corrompida las obliga á disfrazarse, corren tras una mariposa, ó ansiosas por cortar un grupo de flores blancas que depositan en el seno de su madre, ó entregan ruborizadas á su amante, y donde los amantes reciben un beso dulce y apasionado, en premio de la guirnalda con que cubrió la frente de su amada! Así pasan las tardes, y á la vuel-

ta, cuando el sol ha abandonado ya nuestro horizonte, y las tinieblas de la noche comienzan á caer, vñense grupos infinitos de jóvenes, niños y viejos, entonando cantos de alegría, al son de dulces instrumentos, y coronados de girasoles, dalias y rosas. Por todas partes se presenta la misma animación, porque tan poéticos son San Pedro y la orilla del río, que están á la salida de Morelia, como las haciendas del Rincon, la Huerta, Quinceo, los baños de Cuincho con su imponente alberca, y el pueblucillo llamado de Santa María.

Digno es este último sobre todo, á que se haga de él particular mención.

A cosa de una legua al sur de Morelia, y limitando por un lado la llanura llamada de Santa María, se levanta una colina de cosa de unos trescientos pies de elevación, y una sieta ó ocho leguas de longitud, en cuya falda hay un miserable pueblucillo de indios llamado *Santa María de la Asunción*.

En esta colina, la mas regular y graciosa que he visto, no se descubre un solo árbol, y su principal belleza consiste en otoño, en la cortina de flores que la cubre, y parece colgada por una parte de los cielos, y continuada por otra con la de la llanura, hasta terminarse en la orilla de la ciudad. Parado en su falda, desplégase á la vista la perspectiva mas imponente y seductora, la ciudad en medio con sus cúpulas, y sus gallardas torres; el río por un lado con sus derrumbaderos espantosos, sus quintas apacibles; el anfiteatro de hermosas colinas que á su espalda se elevan, y la gigantesca montaña de Quinceo, pico de la elevada cordillera que se estiende por todo el Departamento, que se mira en el fondo; por el otro la llanura con sus flores, en los arroyuelos sus corderillos juguetones, sus bueyes mugidores, y las aves que en bandadas vienen á volar alrededor de las sementeras, cantando tristemente. Que esto mira con su imaginación aborta, enmudece ante los prodigios de una naturaleza tan fecunda, y bendice admirado la sabía mano de aquel, que arregla sus estaciones y su ruidosa apacible á las flores. — ¡Ah! cuántas veces considerándome sentado en uno de aquellos peñascos solitarios, me he embriagado con tus encantos, y permanecido escóico ante tí, ¡oh naturaleza de mi suelo natal! acompañado de mis recuerdos melancólicos, y preguntando con los ojos inundados en lágrimas á tus puentes, á tus flores y á tus aves, por todos aquellos objetos que tanto amó mi corazón en otro tiempo!

En cuanto al pueblo en si mismo, es miserable como todos aquellos que no se componen mas que de indios. Estéril por descuido, y quizá tambien por el terreno, no ha tenido ningunos atractivos para los morelianos; sin embargo, estos se han preocupado, y han cerrado los

ojos para no ver las ventajas que el pueblo puede presentarles. Colocado á una altura tan considerable, respirándose un aire puro, gozándose de una temperatura uniforme y constante, y construida en un terreno desprovisto de humedad, es sin duda uno de los temperamentos mas sanos que se conocen, y lo prueban los recuerdos que aun quedan de los pocos estragos que han hecho allí las epidemias. Hago por ejemplo, memoria de haber oido decir que en el *cólera morbo* no murió allí mas que una pobre india, y esto por no haber guardado la dieta severa que á los convalescentes se imponía, habiéndose libertado de los horrores de la epidemia cuantas familias abandonaron sus casas en la ciudad, y fueron á refugiarse á este pueblo. De suerte que muy bien harían los morelianos en construir aquí casas, aunque por ahora no fuera mas que con el objeto de reservarlas para estos casos extraordinarios, que quizá con el tiempo podrían servirles de recreo, cuando menos morosos, y aprovechándose de la fecundidad de su suelo, lleguen á poblarlo de árboles y flores.

Cuanto mas pudiéramos decir de estos alrededores, será objeto de artículos separados.

R. I. ALCARÁZ.

PARTE CIENTIFICA.

TEORIA DE LOS POZOS ARTESIANOS.

La construcción de los pozos artesianos, se funda en el conocimiento de la siguiente teoría: La tierra es una esferaide elevada hacia el ecuador, y deprimida hacia los polos. La diferencia se calcula en 219. Esta forma es la que presentan los cuerpos que ruedan en el espacio, de modo que el centro de gravedad siempre es perpendicular al movimiento y al eje de rotación.

El forma prueba que la tierra estuvo en el principio en el estado de fluidez, y que sus capas de condensación han sido sucesivas de la circunferencia al centro.

No resta averiguar cuál fué esta fluidez.

Dos teorías han sido admitidas por los diferentes geólogos, las cuales han formado los dos sistemas adoptados hasta hoy.

Creada la primera por Werner, y seguida generalmente por los mineralogistas alemanes, mas bien en razon de la simpatía que les ha inspirado su célebre compatriota, que por convicción, se apoya sobre la fluidez acuosa del globo, y de aquí dimana la calificación de los Wernerianos ó Neptunianos.

La segunda, adoptada por los geólogos franceses é ingleses, tiene por base la fluidez ígnea, por lo que se le ha dado el nombre de Plutonianos ó de Volcanianos, segun que adoptan la

TOMO II.—VI

fusion completa ó parcial de la esferaide terrestre.

Teniendo el sistema de los Plutonianos mas verosimilitud, y estando en un todo conforme con los fenómenos que diariamente observamos en el gran laboratorio de la naturaleza, lo hace prevalecer sobre el primero, á pesar de la gran reputación de su autor. En consecuencia solo hablaré del segundo.

DEL SISTEMA PLUTONIANO.—Esta secta de filósofos ha adoptado los principios siguientes: La tierra fué en su principio una masa de fuego, que atraída por la atracción solar, la obliga á dar vuelta sobre su eje, y es lo que forma su revolución diurna, impulsada por las leyes eternas de la gravedad, é impulsada por un movimiento de proyección en torno de este astro; describiendo una elipse inmensa, determina la revolución anual.

Poco á poco el movimiento rápido, y la condensación de los vapores acuos en las regiones etéreas, y la caída de estos vapores en forma de lluvias abundantes, fueron otras tantas causas que motivaron el enfriamiento de las capas superiores del globo.

Estas primeras capas, muy delgadas al principio, se rompieron por la presión de los gases que continuamente se levantaban del núcleo central, y que elevados en el espacio, aumentaban al volver á caer en forma de aguacero, el espesor de las primeras capas por enfriamiento sucesivo.

Una observación que prueba hasta la evidencia este sistema, es la disminución diaria del número y de la intensidad de los volcanes; porque apenas se cuentan el día de hoy algunos en actividad en las grandes cadenas de montañas que atraviesan de N. á S. el vasto continente americano, toda el Asia Central, una parte del Africa y la Vieja-Europa.

Sentado este principio, nos resta el determinar las causas que producen la ascension de las aguas en los largos tubos de los pozos artesianos. Para llegar á este fin me parece indispensable dar una ligera ojeada á la disposición que presentan las diferentes capas que componen nuestro planeta.

Los geólogos modernos han dividido los terrenos en tres clases, en el órden siguiente:

- Primitivos.
- Secundarios.
- Terrenos. Terciarios.

De trasporte ó de alubion.

Los terrenos primitivos son inferiores á los otros, y se componen de granitos gneists diabases, schistas micáceas, phodolitas pórfiros primitivos &c.

Los terrenos secundarios están encima de los primitivos, y generalmente separados de estos

últimos por capas, á las cuales se les dió primero el nombre de terrenos intermedios; pero que despues se han tomado como variedades de los primitivos, y se componen de traps, schistes, pizarras, pórfiros secundarios, &c.

Los terrenos terciarios, superiores á las rocas secundarias, están formados de calizo grueso, fósiles conchas, rocas anguloidales, &c.

Sobre este último terreno se encuentra una reunion de fragmentos aglomerados de todas las demas rocas, y unidos por un cemento ya calizo ó ya ferruginoso.

Como todas estas capas han sido formadas en épocas diferentes, y algunas, á lo menos las primitivas y las secundarias, han participado de la accion del calórico formadas por el enfriamiento, y retraidas han dado origen á grandes cavidades que las dividen entre sí, y que se extienden del uno al otro polo.

Estando perforadas todas las rocas en sus masas por grietas perpendiculares en las primitivas, oblicuas en las secundarias, y mas ó menos horizontales en las terciarias, resulta que estas grietas dan paso á las aguas superiores, las cuales volviendo á caer sobre el núcleo central, se volatilizan al instante, y volviendo á pasar con fuerza al través de las mismas grietas llegan á condensarse, enfriándose en medio de estas vastas cavidades, y á formar allí lagos inferiores que se extienden por toda la tierra.

Siguiendo esta hipótesis, la mas verosímil, resulta una presión continua é inmensa sobre estos vastos depósitos de agua, los cuales empujan continuamente las paredes de donde están depositados, y se levantan á la superficie del globo al instante que encuentran una salida.

Otra causa no menos poderosa de la ascension, y que ayuda de un modo considerable á determinarla, es la falta de aire en los largos tubos de los pozos artesianos, cuya circunvalancia los constituye unos verdaderos sifones.

Todos los terrenos son pues propios para establecer los pozos artesianos tan útiles á la agricultura, y basta elegir el lugar mas conveniente para la distribucion de las aguas en los que se quieran fertilizar.

Elegido el lugar se establece la máquina, y se procede á la perforacion, la cual debe ser perfectamente perpendicular, no pena de no conseguirse el objeto. La cantidad de agua que dá un pozo de 5 pulgadas de diámetro, es una columna de 30 á 35 pies de elevacion, lo que dá de doce á catorce barricas de agua por minuto. Esta agua es excelente para beber, y de suma ligereza, lo cual la hace propia para todos los usos.

OBSERVACION.

Esta teoría es enteramente distinta de la de Mr. Garnier, ingeniero que dirigió el pozo ar-

tesiano hecho en Francia en el paso de Calais; pero tiene la ventaja de ser conforme con todas las reglas de la geología y la física, sin separarse en lo mas mínimo. De modo que el día de hoy, la perforacion de un pozo artesiano, no ya un problema, sino que se ha hecho un verdadero acion, del que se concluye, que en cualquier lugar que se practique, se encontrará siempre el agua, con diferencia de algunas toesas de profundidad, variables segun las localidades y los terrenos.

Mayagazgo, 10 de Noviembre de 1842.—J. M. DESPREAUX.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.
ARROYO HONDO.

TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS.

Era el 7 de Junio de 1831, y la ciudad de Querétaro estaba conmovida por el espíritu y los acontecimientos de la época: hacia dos horas que á sus inmediaciones habia pasado, por la villa de S. Juan del Rio, una gruesa division de aquel ejército trigamante, tan valiente, tan nacional, y tan atractivo, de generosas sifonías, como ningun otro del mundo. Flameaba ya en sus banderas y estandartes ese arco-iris que por vez primera se formó en Iguala por una idea sublime de su autor, y de cuya memoria es símbolo esclusivo.

Acontecimientos tan abundantes en felices resultados; efecto de una combinacion atrevida y gloriosa, tenian sobresaltados á los habitantes de la ciudad, á los unos de júbilo ó bien de esperanzas; á los otros de ansiedad y terror. Un sudamericano esforzado y pundonoroso, Luaces, aquel enemigo y admirador á un mismo tiempo del malogrado y débilmente sentido Mina (1), quien respetó en él tan temerario denuedo de llegar y tocar con el puño de su espada, una puerta del fuerte de San Gregorio, despues de haber perdido en el ataque tres cuartas partes de su columna, era el comandante general de la plaza de Querétaro: instruido y sereno dictaba plaza de Querétaro de feruido. Estaba en la Alameda cuando se dejó ver por la falda de un cerro, bien inmediato, un grupo de hombres armados que llevaban el mismo camino de la division apresada. Viéronse unos cuantos infantes y dragones, y en seguida se distinguian entre cuatro ó cinco oficiales, dos hombres de un continente marcial y caballeroso, montando unos her-

(1) Queda una pequeña historia que para menzua de Mexico escribió un extranjero, y tradujo del inglés un ilustrado español. En ella leerá con gratitud, otra generacion no prostituida, y admirada como la presente, los hechos del magnánimo general Mina, y generosos compañeros que vinieron á verter su sangre por nuestra libertad.

mosos caballos prietos: el 'ginete que iba á la derecha era de color blanco, un poco pálido; sus escasos y rúbios cabellos dejaban ver una espaciosa frente, en la que lucia la señal de la inteligencia y del genio; llevaba un ligero y sencillo atavío militar, y manifestaba en sus maneras tanta tranquilidad como si fuese de paseo. Este hombre era Iturbide. El que lo acompañaba á la izquierda era mas robusto, de color trigüeño, su mirar sin ser inquieto era vigilante, de la menor circunstancia; vestia un lujoso *dolman*, que con el resto de su traje y el arnes de su caballo brillaba singularmente. Este se llamaba Epitacio Sanchez, antiguo patriota y émulo de aquellos valientes guerrilleros del año de 10. A haber nacido Moscovita, habria sido competidor del hettman Platow ó de Miloradowich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo, habria figurado al lado de Poniatowsky.

Este mismo Epitacio Sanchez, despues de haber pasado por la dura ley del indulto, al que circunstancias aciagas obligaron á acogerse á otros patriotas de mejor talento y posicion, con sola la ilustre excepcion del general Guerrero; es el que en S. Luis de la Paz, en el año de 19, atacó cuerpo á cuerpo al famoso insurgente Sebastian Gonzalez, compañero del bien conocido general Gabriel Duran. Habiendo venido á las manos Gonzalez y Sanchez, éste le metió la lanza por un costado á aquel, quien desdichoso de quejarse y menos de implorar alguna compasion, se corrió furioso la lanza para así lograr alcanzar y herir, como hirió, á su adversario, aunque despues cayera mutilado por la espada del realista Villaseñor, del regimiento de Sierra-gorda. Aun Epitacio que habia sido auxiliado, no aprobó que así se atacase á un valiente. ¡Cuántas veces los cobardes encuentran una ocasion de celebridad, que están bien lejos de merecer, si no es por lo odioso de ella!

Iturbide, justo apreciador de Epitacio, lo habia colocado desde un principio á su lado, nombrándolo comandante de su escolta: suma era la afabilidad con que lo trataba, y ciega la confianza que en él depositaba. La conversacion de ambos era animada é interesante, pasando á la vista de la Alameda de Querétaro.

Cuando Luaces se cercioró con el antejo, que en aquel pequeño grupo iba Iturbide, y se congeturó que la division estaria distante de él mas de tres leguas, se leyó en su semblante un pensamiento audaz, infernal, de *lesa-independencia*: por sus facciones y la diversidad de sus movimientos, se tradujo lo que su alma meditaba y su corazon sentia. Atacó á Iturbide y á su pequeña comitiva, hacer prisionero al coronel rebelde y traidor, sofocar en su persona la mas combinada de las empresas, grangearse por esto el concepto universal, y el amor reconocido del

rey; en fin, ser el rescatador para la España del mundo que le habia adquirido Cortés, y que se escapaba de las manos de Apodaca; hé aquí á cuánto aspiraba Luaces. ¡Cálculense la empresa: cálculense sus consecuencias!

Apoyando Luaces la ilusion de su pensamiento, presentia que en un segundo todo él seria realidad, y ordenó al teniente coronel D. Froylan Bocinos, que saliese en el momento con 250 infantes del 2º batallon de Zaragoza, y 120 dragones del Príncipe y Sierra-gorda, á atacar á Iturbide en Arroyo-hondo, el punto mas apropiado para un buen resultado. Secundando Bocinos á su general, no se dilató en encontrarse con Iturbide.

Al verlo éste y á su tropa, dijo á Epitacio Sanchez:—Parece que se nos trata de impedir el paso por los de Querétaro, y esto puede ser algo serio.

—Señor, respondió Epitacio, pues que se nos provoca, el honor nos manda hacer frente y escarmentar á los realistas.

—Quisiera evitar, replicó Iturbide, un encuentro, no porque desespere de su éxito, sino porque mi intencion ha sido en esta empresa, economizar la sangre mexicana, y entre esos soldados que nos vienen á ofender, hay mexicanos alumbrados, á quienes se debe convencer de otro modo.

Cuando esto acababa de decir el generalísimo, ya la tropa del rey estaba á corta distancia. Iturbide viendo que debia batirse, exclamó:—“Compañeros: el enemigo intente sorprendernos, conñado en que su fuerza es mucho mayor que la nuestra: esperémoslo á pié firme, ó vamos á su encuentro. Lo justo de nuestra causa, unido al entusiasmo con que la defendemos, suplirá al número: á este puñado de valientes corresponde, pues, representar hoy con todo su brío al ejército trigamante, cuyo honor debe quedar intacto; y mereceráme bien de la patria. ¡Viva la independencia!”

—¡Viva! ¡Viva nuestro general! respondieron todos.

Epitacio en seguida se dirigió á Iturbide y le dijo:—“Señor, vamos á batirnos, dénos sus órdenes; pero vd. no debe esponerse; perrezamos todos, y sálvese su persona que debe siempre estar á cubierto de cualquier accidente; y á nombre de la patria que nos ha dado, y con quien está identificada, se lo pedimos.”

—No, yo correré la misma suerte que todos, pues siempre he acostumbrado dar las órdenes con el ejemplo, replicó el generalísimo.

Unánimes dijeron todos: Sr. lo conjuramos á nombre de la amistad que nos tiene, y de toda la nacion y del ejército, que no se esponga: dénos sus órdenes, repetimos, y esto es cuanto apetecemos.

—Pues bien, será así, dijo Iturbide algo violento; vds. me instan por la primera vez para que sea simple espectador en esta clase de escenas.

En seguida dictó sus disposiciones. El impávido Epitacio se puso al frente de quince dragones: en este número iban un gallardo y joven alfez, y dos antiguos insurgentes que venían presos por algunos desórdenes que habían cometido cuando se pronunciaron por el plan de Iguala en el Bajío; pidieron á Sanchez con un ardor lleno de enternecimiento que los llevase consigo; tomia y con razon, que por resentimiento se vieso comprometida su existencia; pero Epitacio disimuló, y sus prisioneros todo lo olvidaron en aquel solemne momento, lanzándose con él á la refriega.

Quince cazadores del regimiento fijo de México, al mando de un denodado capitán, era toda la infantería; ambos trozos se desplegaron á derecha é izquierda, con aquel desprecio á la muerte y ambicion á la gloria que forman el tipo de los héroes.

A pocos pasos quedó la reserva, compuesta de unos asistentes; reserva terrible en que estaba el genio con todas sus concepciones: allí estaba *Iturbide*.

Diriase que este habia lanzado un rayo á su enemigo; tal fué la cesalacion con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron un nuevo realce al valor; estos hombres acreditaron todo lo que les habia hecho sentir y comprender su general y cuanto daba de sí la emocion que experimentaban en ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército entero, de la nacion toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su comandante se escedian á sí mismos: la caballería se multiplicaba con su jefe tan inagotable de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un mayor del regimiento del Príncipe: de repente el joven alfez cubierto de sangre enemiga le grita: «Señor, es mi padre, no le quite vd. la vida.» El mayor era D. Juan José Miñon: el alfez es hoy el general D. José Vicente Miñon, prisionero actualmente en Uliá; por grande que sea su fatalidad, se envanecerá en medio de su infortunio, viendo cuando brilla su brazo izquierdo. . . .

Después de una lucha tan desigual por parte de los independientes, y obstinada por la de los realistas estos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fite perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores, 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el teniente coronel Soria, el ayudante mayor de Zaragoza Latorre, y el capitán Velez; y prisioneros, Miñon (1) y el alfez D. Miguel Azcárate. La vic-

(1) El mayor Miñon, aunque independiente de co-razon y deseoso de una honrosa oportunidad para unir-

toria, voló al campo donde estaban la temeridad y el patriotismo. Luaces quedó estupefacto, y el rubor lo martirizó. . . .

Iturbide durante la accion estaba atormentado de impaciencia y sus ojos centelleaban de desesperacion, viéndose privado de tomar parte por no faltar á su promesa. De cerca seguia por todas partes á sus valientes, y hubo momento en que olvidándose de sí llevado de su genial fogosidad iba á dejar consignado en la historia el haber combatido como simple soldado. En esto el enemigo se retiraba; el triunfo ya no era indeciso. El júbilo de Iturbide no conoció limite, colmando de elogios á todos los suyos y de consuelo á los heridos y prisioneros.

Existe un general que en el último tercio del año de 41 fué objeto de las congeturas y sentimientos contradictorios de los partidos; que en Agosto de ese año sus compañeros de clase y mando apellidaron desleal y sedicioso, y en Octubre siguiente, los mismos lo saludaron héroe, por haber impulsado el primero, la regeneracion. Este general á quien la fortuna colmó de favor, dividió ó dejó entero á otros el presente de la veleidosa deidad; ella lo ha hecho descender á la vez de tres puestos elevados, colocándolo en una olvidada posicion. La posteridad sabrá si es para siempre. Como quiera que sea, lo pasado, no participa de la incertidumbre del porvenir; por esto es que en los fastos de 821 constantemente se leerá, que el capitán de cazadores del fijo de México, que con rara impetuosidad hizo deponer con su guerrilla el orgullo militar al segundo batallon de Zaragoza, es á la presente el Esmo. Sr. general de division D. Mariano Paredes y Arrillaga.

Los dos insurgentes prisioneros que iban al lado de Epitacio, rescataron su fortuna mereciendo la confianza y el aprecio de éste, y recibiendo del general su libertad y una espada cada uno. Ambos prisioneros eran hermanos de Sebastian Gonzalez.

La alta resolucion de Iturbide se habia ya nacionalizado: la libertad y la gloria fecundadas por el jefe de las tres garantías, lo presentaron en Arroyo-hondo á la patria como una de sus mas brillantes adquisiciones.

Las inspiraciones de Iturbide confiadas á la cjecucion de Epitacio Sanchez y de Paredes, hacian que los hombres valiesen uno por quince. Una de esas inspiraciones en el mismo campo de batalla, arrebató á la fama un escudo sin rival, y que la nacion aplaudió hasta el delirio. Ese escudo tiene por lema: «TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS.»

México, Junio 7 de 1843.—D. REVILLA.

se á sus compatriotas, tuvo la delicadeza de no desertar ó pasarse en medio del peligro. Iturbide después lo consideró.



AGRICULTURA.

ARTÍCULO 10

ANTES de pasar adelante quiero consagrar algunas líneas á manifestar mi reconocimiento al noble pueblo mexicano, por la favorable acogida que me ha dispensado, y en particular á los Sres. García Icazbalceta, y á D. J. M. Acosta, agrónomo instruido y administrador de la hacienda del Mayorazgo. Reciban aquí un testimonio de mi vivo reconocimiento por sus bondades, que jamás se borrarán de mi memoria, y con él la dedicacion que les hago de estos artículos.

Los antiguos honraron de tal modo la agricultura, que escogian sus hombres de estado entre los que la ejercian, como hicieron los romanos cuando enviaron embajadores para llevar á Cincinato la noticia de su elevacion al puesto de dictador, los que lo encontraron en su campo con el arado en la mano, y allí mismo le revisieron de las insignias del primer magistrado de la república.

Esta ciencia, la mas útil en una nacion civilizada, pues que sirve de base á su industria y á la felicidad de sus ciudadanos, se divide en dos secciones, que son la agricultura propiamente dicha, y la horticultura. La agricultura comprende muchas secciones, y una de ellas es la division de los terrenos y sus preparaciones para ponerlos en estado de producir la mayor cantidad posible de los mejores granos, que le son confiados por la mano del diligente agricultor,

La segunda seccion comprende la jardinería y el cultivo de las plantas escéticas y de ornato. Comenzaremos por la primera como la mas útil.

DE LA LABRANZA. (*Labourage*.)

En esta operacion, el labrador instruido debe fijar su atencion en trabajar la tierra lo mas profundamente posible, por medio de arados mas perfectos que el usado hoy en México, cuya figura dará en el próximo artículo.

Para este efecto el arado debe poderse graduar como se quiera, á fin de abrir el surco mas ó menos profundo segun la cantidad de los terrenos cuyos caracteres constitutivo esplicaré en otro artículo. La reja debe estar dispuesta de modo que separe la tierra de encima, y haga aparecer la nueva que ha producido anteriormente, y por este medio se disfruta casi siempre de un terreno virgen penetrado de las sales vegetales que contienen los abonos disueltos por las aguas llovedizas y precipitados con ellas á las capas inferiores.

Para limpiar las tierras labradas se usen en Europa dos instrumentos llamados rastras (*herres*) guarnecidos de dientes, los uno de uno de hierro, encorvados; los del otro de madera dura. Estos dos instrumentos ó grandes rastrillos (*rateaux*) van el uno tras del otro. El primero arranca las raíces de las malas yerbas, y el segundo divide bien la tierra y cubre con ella las semillas, cuya vegetacion se activa de este modo.

El estudio de los terrenos y el clima es de gran importancia, así como la preparacion de

los abonados, sin los cuales la mejor tierra se esteriliza al cabo de algunos años, trastornando los cálculos del pobre agricultor.

La época de la siembra está siempre en relación directa del estado de la atmósfera, y como ésta varía en todas las latitudes, no puede darse ninguna regla fija.

Sentado este principio, comenzaré por indicar los medios para formar los *estercoleros* (Fumiers) de que acabo de hablar.

Se abre una fosa de 80 pies de largo y 20 de ancho, sobre 3 de profundidad, donde se arrojan las hojas secas de los árboles, la paja de los trigos y las cañas del maíz, con el estiércol de los bueyes, mulas, caballos, &c., recogido con este objeto por los muchachos, mezclándose un poco de arena húmeda, y al cabo de cuatro ó cinco meses está este abono en estado de usarse. Para servirse de él, se distribuye sobre los terrenos que han de labrarse, y la reja del arado lo mezcla con la tierra. Preparada ésta se siembra, y después se pasa por encima un rodillo que da vuelta sobre su eje.

Maduro el grano se le corta con una guadaña que economiza mucho tiempo y disminuye los gastos.

En el próximo artículo, daré la descripción de algunos instrumentos usados en Europa para las operaciones de que acabo de hablar.

Mayrazgo, Junio 22 de 1843.—*J. M. Despréaux.*

LOS HORACIOS Y LOS CURIACIOS.

CUANDO los anales de Roma comienzan á tomar un carácter verdaderamente histórico, un episodio del reinado de Tulo Hostilio les vuelve todo su colorido poético: al recorrer la historia de los Horacios y los Curiacios, parece que se lee un canto de la *Iliada*; sin embargo, si en ella se ha mezclado la epopeya, preciso es confesar que ha hecho su invasión en el dominio de las crónicas desde los tiempos mas remotos.

La ciudad eterna, á la cual debemos tan grandes y memorables recuerdos, contaba apenas 82 años de existencia, cuando el pueblo eligió á Tulo Hostilio para suceder á Numa, rey pacífico, y piadoso legislador, quien habia instituido el templo de Jano, que permanecía abierto durante la guerra y cerraba sus puertas cuando el pueblo disfrutaba de los dulces encantos de la paz. Al morir Numa, el templo quedó cerrado; pero su sucesor, hombre activo, y que se ocupaba poco en los santos establecimientos de Numa, considerando menos digno de él postroarse ante los altares que marchar á la cabeza de sus ejércitos, deseaba con ansia una ocasión de satisfacer sus deseos, cuando algunas violencias efectuadas entre ciudadanos de Alba y de Roma

habian ocasionado que mutuamente se enviase embajadores á pedirse satisfacción. El rey de Roma, con el objeto de hacer recaer sobre los albanos la responsabilidad de un injusto rompimiento, detuvo á sus diputados haciendo celebrar festines, para demorar así su presentación al senado, hasta que se recibiese la contestación negativa de los albanos, y Roma declaró la guerra; todo se efectuó según los deseos de Tulo, y el templo de Jano fué abierto para no volverse á cerrar hasta la conclusión de la primera guerra púnica, el año 515 de Roma.

Un día del año 87 de Roma, estaban acampados á pocas millas de esta ciudad, el ejército romano y el albanos. En aquellos tiempos una sola batalla decidía de la suerte de una nación. Ya los guerreros murmuraban de la lentitud de los gefes, cuando Suflecio Metio, dictador de Alba, fué en busca de Tulo, y le propuso el que se decidiese qué pueblo debía someterse al otro, por medio de un combate entre seis guerreros, tres por cada ciudad. La propuesta fue aceptada con júbilo por todos los guerreros, y cada uno de ellos tenia la esperanza de ser elegido para combatir por su patria. Acordóse una tregua de diez dias, y en el transcurso de ellos se eligieron á los campeones.

Habia vivido en Alba, según refiere Dionisio Halicarnaso, un hombre llamado Sequinio que tenia dos hijas; á una de las cuales la casó con un Horacio de Roma, y á la otra con un Curiacio de Alba; parieron éstas en un mismo dia tres niños cada una: Suflecio elige á los tres jóvenes albanos, y lo participa á Tulo indicando á los tres Horacios. Tulo los hace llevar á su presencia, ellos piden el que se les conceda despedirse de su padre, y éste los abraza y felicita por la resolución que han tomado.

El momento decisivo ha llegado; ya están los Horacios y los Curiacios unos al frente de los otros. Antes de combatir se abrazan derramando lágrimas de manera que todos los espedadores se conmueven. La señal está dada: se lanzan los unos sobre los otros, como furiosos y hambrientos leones; ninguno piensa en el inminente peligro que corre: combaten por su patria y no debe ocuparlos otro pensamiento. Se atacan mas encarnizadamente; un horroroso temor se apodera de los circunstantes, y en la incertidumbre del resultado, nadie osa ni aun respirar; reina un profundo silencio, interrumpido solo por el ruido de las armas. Bien pronto la sangre que brota de las heridas de los combatientes, hace ponerse pálidos á los espectadores; los tres albanos están heridos; pero dos de los romanos caen en tierra y espiran casi en un mismo instante. A la caída de los Horacios, se oyen los gritos de júbilo de los albanos, y el ejército romano pierde toda esperanza y tiembla por el guerrero que

aun se encuentra rodeado por los Curiacios: éste no estaba herido, logra separarlos y huye, seguro de que los enemigos le seguirán según se lo permitan sus heridas: le siguen en efecto; pronto va á ser alcanzado por uno de ellos, cuando Horacio retrocede, mata á su perseguidor y se prepara á una nueva lid. Este inesperado suceso arranca un grito de alegría á los romanos, y animado su campeón, derriba á otro de los Curiacios: llega, en fin, al tercero, quien debilitado por sus heridas pronto sucumbe al brazo terrible del Horacio. *Allá va otra víctima á la supereridad de Roma*, exclamó éste, y se encuentra vencedor. Alba quedó vencida, y sus ciudadanos incorporados á la ciudad victoriosa, cuyo pueblo debia algún dia dominar al mundo.

Pero los hombres rara vez aprovechan el momento en que la suerte abre benigna sus brazos para recibirlos; rara vez la posteridad puede decir: "he aquí un héroe digno de serlo." La alegría de esta victoria fué turbada por un crimen, que empañó la gloria del que acababa de libertar á su patria, el cual no contento con haber triunfado de sus enemigos, empapó sus manos en su propia sangre.

Cuando los romanos conducian en medio de las aclamaciones del júbilo, al que acababa de asegurarles la supremacía, la hermana de Horacio que amaba á uno de los Curiacios, con quien debia haberse casado, vino á recibirlo y viendo conducir las armas de su amante lloró, y lanzó terribles imprecaciones. Indignado Horacio con sus lágrimas, la mató exclamando: *Así perezca cualquier romana que llora á un enemigo.*

El rey nombró los deceviro, para que juzgasen al culpable y fué condenado á muerte; él apeló al pueblo ante el cual su padre abogó con calor, y después de un patético discurso obtuvo su perdón.

Tito Livio dice, que aun se veían los sepulcros de estos guerreros en los lugares en que habian succumbido; los dos romanos juntos mas cerca de Alba y los tres Albanos, del lado de Roma.

Aunque la ciudad de las siete colinas haya sido posteriormente el teatro de toda especie de catástrofes, siempre ha sido la mas magnífica de todas las ciudades; sus brillantes recuerdos envuelven gran prestigio y reúnen á una encantadora belleza, sublime magestad.—*P. M. de T.*

FANTASIA.

I.

LÁMPARA triste y solitaria miro
Arder enfrente del sagrado altar,
Y en torno de ella en susurrante giro
El aura inquieta escucho revolvar.

Ya se estingue la llama lentamente
Perdiendo sus colores al morir;
Mas ensúchase luego y de repente,
Con brillo nuevo se la ve lucir;

Y visiones fantásticas formando
La sombra en la pared al reflejar,
Al temeroso corazon va dando
Estraño miedo y sin lugar á pesar.

Arrullada por céfiro halagüeño
La incauta llama dormitar se ve,
Al fin despierta de su dulce sueño
Que imágen triste de su muerte fué.

Y poco á poco su vigor perdiendo
Con moribunda luz resplandeció,
Y al soplo de la brisa succumbiendo
Plegó la frente, suspiró y murió.

II.

En el halagüeño Abril,
Nace la fragante rosa,
Y se ostenta primorosa
Como reina del pensil:

Llena de aroma el ambiente
Que en torno á sus hojas vaga,
Tambien los ojos halaga
Con el rojo de su frente;
Pero ¡ay triste! su belleza
No la libra de la muerte,
Que el cielo fijó su suerte
Y ya á padecer empieza.

Si su signo es adornar
La cabeza de una hermosa,
Será arrancada la rosa
Sin su perdón alcanzar.

¡Pobre flor! prisionada
Entre cabellos prendida,
Correrá tu breve vida
Y al fin serás despreciada,

Porque el olor te dejó
Y la hermosura perdiste;
La culpa no la tuviste,
La turba quien te arrancó.
Si en el campo permanecese,
El fuerte viento, el calor,
Le quita aroma y color
Y lentamente perece;

Sus hojas una por una
Caen al suelo desprendidas,
Se ven holladas, perdidas,
Después no existe ninguna.
Moriste al fin, ¡pobre flor!
Ya ni tu memoria cesiste,
Anquilada te viste
Por el viento y el calor.

Como reina eras mirada
En el jardín de la vida,
¡En qué estás hoy convertida!
Volviste al fin á la nada.

III.

Como la antorcha pálida
Se extingue lentamente,
Y en vibraciones trémulas
Acaba por morir.

Como la rosa mísera
Hoja tras hoja pierde
Y su hermosura rápida
La abandona por fin;

Así mi vida se consume quiero,
Uno por uno los placeres huyan,
Con su recuerdo de dolor destruyan
El gozo postrimer del corazón.

Ni un sueño que mi mente halague tierno.
Ni un lisongero y dulce pensamiento,
Que quiero ver morir cada momento
Un placer, un recuerdo, una ilusión.

Cuando mi desecado corazón no aliente
Ni una chispa que alumbré el porvenir
Inclinare la dolorida frente,
Tranquilo el mundo me verá morir.
Enero 4 de 1843.—M. Esteva.

Reflexiones y máximas de Vanvenargues.

Un poco de cultura, mucha memoria, y demastado atrevimiento en las opiniones y contra las preocupaciones, hacen que un hombre aparezca como un talento colosal.

Los hombres sencillos y virtuosos, mezclan la delicadeza y la utilidad hasta en sus placeres.

Nunca pueden comprender las mugeres que haya un hombre que las ame con desinterés.

La utilidad de la virtud es tan manifiesta, que los malos la practican por interés.

La paz hace á los pueblos felices, y á los hombres débiles.

Cuando se ama la vida, se teme la muerte.

Muy pocas cosas hay que sepamos bien.

El valor es la luz de la adversidad.

BOLETIN SEMANARIO.

No ha ocurrido cosa particular en esta semana, mas que los actos y funciones literarias que han tenido los estudiantes de los colegios. Por cierto es digna de consignarse al Museo la época en que esa juventud, inteligente y apli-

cada, presenta á sus maestros y al público el fruto de sus tareas y estudios en el año.

Ayer se verificó en la Universidad, la distribución de premios á los alumnos de S. Juan de Letran, con toda la solemnidad que se ha acostumbrado otros años, aunque no pudimos menos de recordar á dos poetas que en otro tiempo han hecho resonar sus versos en elogio de las ciencias. Calderon y Rodriguez.

Sin embargo, otros jóvenes cuya literatura y talento es conocido, amenizaron la funcion. D. Joaquin Navarro leyó un discurso en elogio de la química, que si nos viene á las manos tendremos mucho gusto de publicar.

D. José María Lafragua, leyó otro discurso alusivo á la funcion, y D. Guillermo Prieto una poesia en elogio de las ciencias, terminando este acto literario con la reparticion de los premios á los alumnos que por su talento y estudios fueron dignos de ellos.—Como nos fué imposible asistir á la referida funcion, no podemos dar mas que esta ligera idea de ella, por lo que hemos oido referir, sin poder estendernos mas por temor de padecer alguna equivocacion.

ESTIMULOS LITERARIOS.

Hace dos meses que el drama original de que hemos hablado, escrito por un joven amigo nuestro, anda de la prefectura á los censors, y de los censors á la policia, sin que el mísero autor sepa hasta ahora el resultado que ha tenido. Estos trámites y moratorias, son ciertamente las mas apropiadas para entusiasmar á la juventud, y animarla en sus débiles ensayos dramáticos. Se nos ha asegurado que hay tres censors, cosa que ignorábamos; que uno de ellos (y es cabalmente el que ha detenido en su poder mas de un mes la comedia de que se trata) fué nombrado por el Sr. Vieyra cuando era gobernador, contra lo prevenido en un nuevo reglamento firmado por el mismo Sr. Vieyra. Tal hecho que ha quedado hasta ahora en silencio, se hace forzoso advertir para que se ponga remedio, tanto mas cuanto que el señor tercer censor, ha dado pruebas evidentes de su buen juicio y empeño por cumplir con este encargo. ¡En un mes no ha podido decir si la comedia es representable ó no! Prodigiosa actividad.

Propósito de censors: nos parece que lo mas regular y conveniente seria, que el Ateneo ó Academia de Letran, que son los dos cuerpos literarios que existen en México, propusieran al gobierno una terna, y éste escogiera de ella el censor ó censors, los cuales seria conveniente que se cambiaran cada seis meses ó un año, porque repetitivos nos parece una cosa indebida, que la importante literatura dramática esté sujeta á la intervencion de la Prefectura.

CIENCIAS.

Discurso de M. Arago, pronunziado en los funerales de M. Poisson.

SEÑORES: todavía ayer existía uno de los mas brillantes talentos de la academia, uno de esos hombres raros cuyo nombre sale de la boca de todos, cuando las naciones se disputan la preeminencia intelectual: hoy no quedan mas que unos restos inanimados, y un ataúd que el sepulcro ha devorado, y que para siempre va á desaparecer de nuestros ojos, bajo unas cuantas azadas de tierra. . . . No, no, desechemos estas ideas desconsoladoras, estas tristes comparaciones; el genio no muere, sobrevive en sus obras; los descubrimientos con que ha enriquecido á la ciencia, deben hacer pasar su nombre hasta nuestros últimos nietos.

Lejos de mí la idea de mezclar en este momento á vuestros profundos sentimientos y á vuestras lágrimas, un análisis minucioso de la vida científica de Poisson: vida aunque corta por el número de los años, larga y fecunda para el que considera la estension é importancia de los trabajos de que fué capaz. Citaré solamente algunos datos, y reuniré algunos recuerdos: estos serán los puntos de direccion de la biografía detallada, que el secretario de la academia consagrará á su ilustre compañero.

Poisson nació en Pithiviers, en 1781, de un padre que como soldado, habia valerosamente vertido su sangre en la guerra de Hanover: este, Sres., á los ojos de la razon, es un noble origen.

Las lecciones estenográficas de la escuela normal, que la convencion remitía periódicamente á todos los administradores de distritos, nos parecian una prodigalidad, respecto á nuestros hábitos mezquinos y monótonos, en materia de enseñanza pública. Sin embargo, fueron estos cuadernos los que despertaron el genio matemático cuya pérdida lamentamos, y que determinaron á la familia de Poisson á enviarlo á la escuela central de Fontainebleau, donde sus progresos excitaron la admiracion de los profesores y de los discípulos. Apenas tenia 16 años, cuando Poisson se presentó al concurso para la escuela Politécnica, y se le recibió aun sin los requisitos acostumbrados. Los gefes de éste célebre establecimiento notaron á primera vista, al través de una corteza algun tanto

salvaje, todo lo que la ciencia podia esperar del joven discípulo; creyeron con razon que los reglamentos no son hechos para estos casos excepcionales y raros, y dispensaron á Poisson de los penosos ejercicios gráficos imperiosamente exigidos de todos aquellos que deben seguir la carrera de los trabajos públicos, y así le facilitaron el dedicarse esclusivamente á sus estudios favoritos. Pero despues, el alumno de complexion débil, cuerpo pequeño y maneras infantiles, encontró una demostracion simple, concisa, elegante, de un importante teorema de álgebra relativo á la eliminacion; sobre el cual el análisis no habia aun producido sino un volumen enorme y casi ilegible. Este era el primero y brillante anillo de la larga serie de memorias que debía dar á Poisson un rango tan distinguido entre los hombres célebres de nuestra época.

Laplace quiso conocer á un geómetra que descollaba así. Algunos minutos de conversacion aumentaron todavía la alta opinion que la lectura de la Memoria sobre la eliminacion, le habia ya inspirado. Caracterizó inmediatamente sus esperanzas, el autor de la Mecánica celeste, de una manera á la vez enérgica y familiar, por estas palabras proverbiales del fabulista:

*El pequeño Poisson llegará á ser grande,
Con tal que Dios le preste vida.*

Me habré equivocado, Sres., al pensar en una anecdota que podia recordarse aquí, á pesar de su aparente frivolidad, y que me permitía reunir en un solo grupo los nombres de tres ilustres nacionales: la Fontaine, Laplace, y Poisson.

Lagrange, Laplace, Monge, Bertholet, allanaron solícitos los obstáculos que un joven aislado encuentra siempre en los preludios de su carrera. Pocos meses bastaron á Poisson para pasar de los bancos de los alumnos, á la silla de profesor. Allí tambien mostró toda su superioridad. Por esta época aun se creia en nuestra Francia que los talentos superiores son la fuerza, la riqueza, el honor de las naciones civilizadas. Luego que comenzaban á despuntar, cada uno los cultibaba con un cuidado paternal, cada uno les prodigaba sus votos, su proteccion; se les

rodeaba de una triple barrera de atenciones, al través de la cual la envidia con su aliento venenoso habria vanamente intentado abrirse paso. Este retroceso hácia tan lejanos nosos y costumbres de nuestros tiempos, esplica como en poco tiempo Poisson fué conocido en todos los salones de la capital como el joven géometra; pasó sucesivamente de las serias reuniones de los Cabanis, de los Tracys y La-Fayette á las mundanas y festivas orgías, acaso igualmente instructivas, de las que varios artistas célebres como los Gérards y los Talmas, eran en cierto modo los ejes principales.

Un talento candoroso y fino, unido á la facultad de considerar las cuestiones bajo aspectos nuevos, de penetrar en la esencia misma de las cosas, de no dejarse jamas fascinar por el brillo engañoso de las superficialidades, hicieron de Poisson uno de los verdaderos ornamentos de la sociedad parisiense. Me apresuro á decir que estos triunfos efimeros no le deslumbraron.

Perlonadme, Sres., un recuerdo personal y dulce: como 36 años hace cuando despues de haberse sustraído á las seducciones del gran mundo, Poisson al entrar en el recinto silencioso de la escuela Politécnica, tenia frecuentemente la bondad de llamar á la puerta de la modesta celda, donde al lado de su aposento un alumno muy joven aun, se preparaba por meditaciones nocturnas á los trabajos del dia siguiente.

Jamas dejaba entonces de enumerar con sentimiento las horas y minutos que la sociedad acababa de robarle á sus sabias investigaciones. Por lo demas era una deuda sagrada que se apresuraba á redimir á expensas de su sueño. Así, yo confidente y testigo de las primeras impresiones de su juventud, no me sorprendió el ver mas tarde á nuestro ilustre compañero concentrarse en sí mismo, aislarse poco á poco de lo que se ha convenido llamar el mundo, circunscribir sus relaciones al estrecho círculo de una familia poco numerosa y de algunos amigos, imponerse en fin una vida de benedictino. Me equivoco; el simil de que acabo de hablar no es exacto. Los religiosos del órden de San Benito eran sin duda infatigables exploradores de los viejos archivos, de las antiguas cartas, de los viejos documentos de la historia; pero las obras que han salido de sus manos, á pesar del saber que en ellas se nota, apesar de su incontestable utilidad, no salen del cuadro de compilaciones.

Por el contrario, la invencion brilla á cada paso en los trabajos de Poisson, sobre las cuestiones mas sutiles y mas importantes de las matemáticas puras; sobre las aplicaciones del cálculo á los movimientos de los cuerpos celestes; sobre los fenómenos tan complicados de la fisica corpuscular. Se ha dicho que el análisis ma-

temático es un instrumento. Se puede admitir la comparacion con tal que se convenga al mismo tiempo, que este instrumento como el Proteo de la fábula, deba sin cesar cambiar de forma. Ningun géometra poseyó nunca en mas alto grado el arte de las transformaciones analíticas como Poisson. Cuando sus formulas no superaban la dificultad al primer golpe y por un ataque directo, ellas la circundaban, la estrechaban, la sondeaban en todos sus puntos. Era raro que ellas no penetrasen tambien hasta el corazon mismo de la cuestion, de una manera elegante, rápida, é imprevista. Las Memorias de Poisson están llenas de estos artificios analíticos. Los géometras encontrarán en ellas resoluciones, todas preparadas de una multitud de problemas, que los progresos de la ciencia va dando á conocer de dia en dia. Varias de las colecciones que nuestro compañero ha sacado y seguido en todas sus ramificaciones, servirán en adelante de modelo. ¿Cómo habia de olvidar de citar aquí en primera línea, dos admirables Memorias sobre la distribucion de la electricidad en reposo en la superficie de los cuerpos? Ninguna ciencia ha marchado mas rápidamente que la de la electricidad. Nació á mediados del siglo diez y ocho. Grey en Inglaterra, Dufay en Francia, descubrieron los primeros fenómenos de alguna importancia; Kleist, Cuncus, Moschembrock, observaron los admirables efectos de la botella de Leyden; Franklin dió una esplicacion plausible, é inventó los pararrayos; Coulomb armado de un instrumento nuevo, hizo medidas de una exactitud estrema, aun donde ni las medidas groseras se habian intentado. Poisson en fin unió todos los resultados aislados, á una causa única, y los encadenó por fórmulas analíticas generales. Solamente llegando á este punto es cuando una ciencia queda completa. ¡No apercibis, Sres., el rango eminente de nuestro compañero ocupa en esta pleyada de hombres célebres!

Cuando para el cálculo de las perturbaciones planetarias, nació el método fecundo de la variacion de los constantes, el nombre de Poisson se encontraba gloriosamente mezclado á los de Lagrange y de Laplace.

Uno de los mas bellos problemas que los hombres se han propuesto jamas, puso de nuevo frente á frente á los tres vigorosos atletas.

Esta vez la ventaja quedó incontestablemente por Poisson. Se trataba (semejantes cuestiones conservan toda su magnitud aun sobre el borde mismo de la tumba), se trataba de saber si nuestro sistema solar presenta condiciones reales de estabilidad y de duracion. Newton pensaba en la necesidad de una mano reparadora que de tiempo en tiempo fuese á contener el desórden y la circunscribiese dentro de estrechos límites. Laplace reconoció el primero que por la na-

taleza misma de las fuerzas, el elemento principal de cada órbita, el grande eje, es invariable; que desde luego ni los grandes, ni los pequeños planetas, ni el colosal Júpiter, ni nuestra Tierra con sus modestas dimensiones, irian á abismarse en la materia inflamada del Sol. La misma concenencia brotó con evidencia nueva del análisis mas elegante y mas completo de Lagrange. En fin, Poisson escedió los límites de aprocsimacion mas allá de los cuales sus dos ilustres predecesores no habian creído posibles los cálculos. Añadió tambien nuevos millones de años á la inmensa duracion que los precedentes trabajos de Laplace y Lagrange habian ya asignado á nuestro mundo solar.

Si necesario fuera, la magnífica memoria sobre la invariabilidad de los grandes ejes, probaria que Poisson tenia un interes personal en avanzar sus miras hácia tan lejanos siglos.

No continúo, aunque no haya mas que tocar por encima el testo rico, brillante, variado, que los trabajos de Poisson ofrecen á sus biógrafos. El célebre géometra inglés Cotes, no era todavía conocido mas que por el descubrimiento de un solo teorema de análisis, cuando murió demasiado joven. Al saber Newton esta pérdida prematura, exclamó: "Si Cotes hubiera vivido, nosotros sabríamos alguna cosa." Y nosotros, Señores, á quienes Poisson habia ya enseñado tanto; nosotros testigos de su infatigable ardor por el trabajo, de su increíble fecundidad, nos seria vedado eschalar tambien el profundo sentimiento que experimentamos al pensar en las veinte, en las treinta bellas memorias, con las que las ciencias matemáticas se hubieran enriquecido, si nuestro compañero hubiese vivido lo que viven regularmente los académicos.

¿Se ha notado suficientemente á cuántos hombres hiere la muerte antes de tiempo, enemigo de nosotros?

Sucumbió Malus, al siguiente dia Fresnel; despues, uno tras otro, Fourier, Cuvier, Ampère, Dulong, Poisson. Esta lista funeraria por el brillo de los nombres que contiene, suscita dudas crueles. Se pregunta, ¿si la Francia á pesar de toda su fecundidad, reparará tales pérdidas con la brevedad que las hace? Si tendríamos la desgracia de ver á la academia descendiendo del alto rango que hoy ocupa? ¿Si hay medios de escapar á estos tristes presagios? ¿Si conseguiremos el conservar intacta la preeminencia científica que nos ha sido puesta como un depósito en nuestras manos?

Poisson ha respondido de antemano á todo lo que en estas dudas, en estas cuestiones se encuentra al alcance de los hombres. Nos dice desde el fondo de su sepulcro, como cuando vivia lo decia por sus acciones, que es necesario colocar el título de académico mucho mas arriba de aque-

llos con que nos podemos investir por el favor del pueblo, ó por el favor no menos frágil de la autoridad; de no considerar este título como un vano honor; de acordarnos del antiguo dicho de nuestros padres: "Noblesse oblige;" de considerar bien que en un siglo de esfuerzos, de progresos incesantes, universales, el que se detiene un solo dia se queda atrás; de inculcar estas máximas á la juventud estudiosa por nuestro constante ejemplo. Hé aquí, señores, hé aquí lo que nos dice el que consagró su última hora, su última mirada, la última pulsacion de su corazon al cumplimiento de los deberes académicos. De este modo únicamente se adquieren en la carrera de las ciencias títulos duraderos á la estimacion, al respeto, á la admiracion de los contemporáneos y de la posteridad. Permittedme añadir (tal pensamiento podrá suavizar nuestros sentimientos) de este modo es como se llega á ilustrar la vida sin acibararla.

(Traducido del Anuario de la escuela politécnica por A. Costillo).

EL OTOÑO.

Tranquilo el sol á occidente
Con lento paso declina;
La frente de oro declina
En la púrpura del mar.
Acaso sobre las crestas
Sombrias del alto monte
Se ve, ó por el horizonte
Alguna nube asomar.

Los vientos secos de Otoño
Por las cañadas silbando,
Van los ecos fatigando
Con su monotonó son:
La yerba dobla á su empuje
Cortos tallos amarillos,
Y saltan los corderillos
En el árido peñon.

Secas las hojas del árbol,
Van cayendo una por una,
Bajo la mano impertuna
Del dbrago solitario.
Y las que acaso olvidadas,
Asidas al árbol quedan,
En su murmullo remedan
Un gemido de dolor.

Antes amor de las auras
Eran con su verde pompa ...
Fuera es que, secas, las rompa
El viento ronco despues.
¡Triste condicion precisa
De la desventura humana,